

Inevitablemente, la historia de la muerte del doctor Alex Seymour ha calado más hondo en la conciencia popular que la historia de su vida, por lo demás poco interesante. Hasta ahora, la atención se ha centrado en las circunstancias que condujeron a su muerte, a los cincuenta y un años, en el semisótano de una casa destartada al oeste de Londres. Las cuestiones que, como asistentes a un duelo cargados de interrogantes, gravitan sobre aquel semisótano –cuestiones relativas a la privacidad, el voyeurismo y la compulsión sexual– han sido examinadas sistemáticamente desde que, hace casi dos años, se conociera la historia de su compleja y, a la postre, funesta relación con Sherry Thomas.

No tengo reparos en confesar lo raro y sorprendente que me resulta que, tras los muchos escritores reputados y con experiencia que han opinado acerca de esta extraña, y extrañamente moderna, historia, sea precisamente yo, que nunca he escrito una palabra sobre el caso, quien haya tenido acceso a las tan comentadas, aunque nunca vistas hasta ahora, «cintas de los Seymour».

Cuando Samantha Seymour se puso en contacto conmigo en otoño del año pasado para pedirme que colaborase en la redacción de un libro en torno a su familia, a su marido y a la señora Sherry Thomas, mi primera reacción fue de estupor. Hasta entonces, mi única contribución al mundo de la no ficción ha-

bía sido mi primer libro, *The Scent of Dried Roses* [El aroma de las rosas secas], que trataba sobre el suicidio de mi madre, y un pequeño artículo brevemente polémico, publicado en una revista literaria, sobre la ruptura de mi matrimonio a finales de la década de 1990. También escribo una columna en un periódico londinense y, de vez en cuando, artículos de viajes; poseo, en resumen, escasa cualificación para contar la historia de un acto de violencia y profanación tan célebre y, por encima de todo, tan visible. El hecho de que dicha visibilidad –que culminó con la divulgación en internet del tristemente famoso «vídeo de la piel»– se debiera a un robo o a un soborno, o incluso a la intervención de la propia Sherry Thomas, no es una cuestión que vaya a tratar aquí. No soy un detective privado, ni tampoco un periodista de investigación. Sin embargo, después de que, para consternación de toda la familia Seymour, se filtrase el «vídeo de la piel», a la señora Seymour le pareció que, de un modo u otro, era preciso «poner las cosas en su sitio». Y decidió proponerme que desempeñara esa tarea, aunque mi fe en que alguien tenga la capacidad de poner algo «en su sitio» por algún medio sea más bien limitada. La realidad es demasiado aberrante.

En un principio di por sentado que Samantha Seymour había cometido un error. No obstante, cuando nos conocimos en las oficinas de la editorial que publica mis obras, en el West End londinense, la señora Seymour me aseguró que no era así. Me reveló que, tras la muerte de su marido y el posterior descubrimiento de las «cintas de los Seymour», había sufrido una profunda crisis nerviosa. Poco después, un conocido le había pasado un ejemplar de las memorias que escribí sobre mi madre, en las que detallo no sólo su suicidio, sino también mi propia lucha contra la enfermedad mental. Samantha me comentó que el texto había contribuido a su recuperación y que la admiración que sintió por mi obra le había empujado a buscarme, con el fin de proponerme que escribiera un libro sobre su familia y Sherry Thomas.

Intenté explicarle que nunca había narrado la historia de otra persona, al menos no con la extensión de un libro; sólo había relatado la mía. Pero Samantha insistió. Adujo que se habían dicho tantas mentiras sobre Alex –que era un pervertido, un voyeur, un chalado, alguien obsesionado por controlarlo todo– que sólo una exposición completa de los hechos podría contrarrestar todas esas percepciones erróneas. Dicha exposición demostraría que Alex Seymour, pese a su comportamiento insensato y estúpido, había actuado movido únicamente por el deseo de proteger a su familia, a la que tanto quería.

Representantes de diversos medios de comunicación audiovisuales han ofrecido a la señora Seymour elevadas cantidades de dinero para tener acceso a las cintas, pero ella se ha negado sistemáticamente. Sin embargo, conmigo se comprometió a facilitarme todas las cintas de vídeo sobre la familia Seymour pertenecientes a Alex, para que así pudiera contar la historia de su marido con todo detalle. Samantha añadió que nunca permitiría su emisión, pero que, teniendo en cuenta el grado de interés de la gente y las distorsiones que siguieron a esta intensa curiosidad, era conveniente que un observador neutral las visionara y reseñara.

La señora Seymour me pidió que respondiese a una pregunta «sencilla» antes de garantizarme el libre acceso a las cintas. La pregunta, en absoluto sencilla, fue: «¿Puede ser sincero?».

Respondí de inmediato que, como mucho, podía intentarlo, aunque lo más seguro es que no lo consiguiera. Añadí que la sinceridad absoluta debía de existir dondequiera que Alex se encontrase en ese momento, pero que era poco probable que se diera en este mundo. Y, en todo caso, sinceridad no equivalía a verdad, algo en lo que yo creía –al menos como cualidad a la que todo escritor debería aspirar– aunque tal vez no estuviera muy de moda.

Al parecer, con esta respuesta le bastó: allí mismo me ofreció el acceso a las cintas, así como los derechos del libro. Me dijo

que, después de que yo las usara, las cintas permanecerían guardadas en una cámara de seguridad hasta su muerte.

El proyecto me sedujo, no puedo negarlo. Desde una perspectiva puramente profesional, sería una primicia, y con que las ventas del libro reflejasen una pizca del interés que despertaba el caso, yo obtendría unos beneficios económicos considerables. Aun así, continué mostrándome escéptico. Las «cintas de los Seymour» eran sólo una parte de la historia: estaban también las cintas grabadas por Sherry Thomas, de las cuales el «vídeo de la piel» era el más conocido. Y, por supuesto, los videodiaros en los que Alex Seymour relata él mismo sus experiencias. Me pareció que, sin estas piezas indispensables del rompecabezas, corría el riesgo de caer en una nueva exhibición de lascivia o, como mínimo, en una tergiversación intencionada con ánimo de lucro.

La señora Seymour se mostró de acuerdo. De hecho, más tarde me reveló que, de no haberle hecho esta advertencia, se habría preguntado si yo era la persona adecuada para llevar a cabo el proyecto. Era su pequeña prueba, añadió, y yo la había superado. En cuanto a las cintas de Sherry Thomas, que no se encontraban en su poder, ella tenía la certeza (y no se equivocaba, como luego se vería) de que la policía aceptaría entregármelas para ayudar a la familia Seymour a superar ese suceso tan traumático.

Ambos nos quedamos más tranquilos. Además, yo estaba cada vez más seguro de que tendría la posibilidad de relatar con veracidad la historia del doctor Seymour, así como su peculiar relación con Sherry Thomas. Sin embargo, la naturaleza del caso era tan compleja que me vi en la necesidad de pedir más material, aun a sabiendas de que su recopilación podría resultar dolorosa para la señora Seymour y su familia. En resumen, le pregunté a Samantha si ella y sus dos hijos adolescentes, Guy y Victoria, estarían dispuestos a que yo los entrevistara a fondo. (Polly, la hija menor de los Seymour, tenía sólo seis meses cuan-

do murió su padre, por lo que, evidentemente, quedaba exenta de esta petición.)

Al cabo de algunas semanas, Samantha Seymour aceptó mi petición en nombre propio, pero no en el de sus hijos adolescentes, quienes, según afirmó ella misma, eran demasiado jóvenes para verse expuestos a todo aquello. Entendí su posición y me dije que bastaba con poder entrevistar a Samantha Seymour para desarrollar el proyecto. Pero Samantha puso otra condición, a la que, después de algunas negociaciones, también accedí: yo percibiría una cantidad generosa por redactar el libro, además de los derechos de reproducción derivados de su publicación por entregas en los periódicos, pero todos los derechos de autor, así como los cinematográficos y televisivos, se destinarían al recién fundado Instituto Seymour para la Privacidad (ISP). Como señaló Samantha, el Instituto Seymour es la primera organización benéfica de este tipo que aborda una de las obsesiones más enfermizas del mundo moderno, de la que adolecen no sólo individuos sino también Estados, cadenas de televisión y grandes empresas: la adicción, como describe el manifiesto del Instituto, a «ver, espiar, acechar y husmear», unas veces abiertamente, otras en secreto. Y no sólo por una cuestión de seguridad, sino también por placer y diversión, incluso como elemento de burla y humillación. En la actualidad, la señora Seymour cree –comprensiblemente, quizá– que esta tendencia supone una plaga insidiosa e intolerable para nuestro modo de vida nacional.

El Instituto Seymour tiene un objetivo: restablecer la privacidad tanto en la vida privada como en la pública. El hecho de que la señora Seymour, al permitir –o, más bien, encargarla redacción de este libro, nos abra una ventana al mundo de sus hijos y de su marido no supone en absoluto una paradoja: sencillamente, se vale de todos los medios a su disposición para, en la medida de lo posible, mitigar el daño ocasionado por la invasión de su privacidad. Dado que este proyecto no sólo se lleva a cabo con su consentimiento, sino con el de todos los im-

plicados, no entraña problemas de intromisión en la privacidad. Por el contrario, el libro contribuye a reparar el daño ocasionado por otros medios de comunicación.

Finalmente firmé el contrato, tras imponer una única condición: que tendría libertad para relatar todo lo que descubriera sin impedimentos ni obstáculos por parte de la familia Seymour. Si iban a confiar en mí, su confianza debería ser total. Podrían leer la versión definitiva de la obra y verificar los datos, pero seguiría estando en mis manos la decisión de censurar o conservar cualquier detalle que me pareciera relevante para comprender la historia. Actuar de otro modo supondría comprometer mi integridad como escritor y, dado que precisamente esa integridad era lo que había llevado a Samantha a ponerse en contacto conmigo, sería absurdo socavarla negándome el derecho a controlar el producto final. Por supuesto, pensaba atender a las objeciones de la familia, pero ya que la mayor parte de los beneficios del libro se iban a destinar al Instituto Seymour, al menos sería yo quien determinara su contenido.

No sin ciertas reticencias, la señora Seymour dio su consentimiento y acabó aceptando mi argumento de que nadie se tomaría en serio ningún intento de presentar la verdad si quienes tenían más que perder controlaban el producto final. Asumió que yo pensaba escribir de buena fe y que, probablemente, el público se pondría de su parte; en la práctica, yo no podía causar mucho más daño del que otros habían ya causado.

Es evidente que cualquier representación de la realidad, incluso nuestra propia percepción de primera mano, refleja un punto de vista. Me he esforzado, en este caso, por relatar los hechos con neutralidad; quizás, y esto se me acaba de ocurrir, en un intento subconsciente de rivalizar con la cámara por el derecho a representar fielmente lo que denominamos «realidad». Sin embargo, factores tales como los hechos que he seleccionado, las citas que he empleado y los fragmentos de las cintas que he considerado irrelevantes, aburridos o demasiado indiscretos, mues-

tran que la versión de la realidad que he construido está distorsionada. En ocasiones me he permitido dar mi opinión subjetiva sobre el significado de ciertos acontecimientos y mostrarme crítico, y asimismo he incluido mis impresiones sobre los miembros de la familia Seymour y Sherry Thomas.

Pero esto no quiere decir que sea imposible distinguir la verdad de la mentira. En todo momento he tenido en cuenta, en la medida de lo posible, las instrucciones iniciales de la señora Seymour, esa sencilla pregunta: «¿Puede ser sincero?». Y puedo responder con franqueza que lo he intentado, como también puedo reconocer el corolario aleccionador de un posible fracaso.

A fin de cuentas, sólo me resta esperar que dicho fracaso sea honroso, y que el resultado arroje más luces que sombras.

Tim Lott